

bas y todos los poderosos, agitándose en las calles y los templos, vilipendian y maldicen las nuevas doctrinas de los tiempos. Explicádnoslas para maldecirlas nosotros también.

Jesús, sonriendo, les respondió: Venid mañana junto al mar.

Y meditabundos se alejaron los discípulos. Al día siguiente Jesús contemplaba la extensión del mar reverberante como una ascua bajo la llama redonda y roja del sol que bajaba hacia las aguas. Llegaron los discípulos y saludando á Jesús le preguntaron: Por qué nos has hecho venir hasta aquí? Jesús les replicó: Ayer me dijisteis: en las calles y los templos los levitas y los escribas maldicen las doctrinas de los tiempos nuevos. Mirad: no hay templos en la desierta playa ni en la extensión del mar.

Los discípulos comprendieron. Tras un momento de silencio uno de ellos interrumpió de nuevo: Maestro, decídnos lo que van buscando los hombres de los tiempos nuevos

Jesús, con sus grandes ojos azules fijos en el azul del mar, lo infinito en lo infinito, contestó:

—Vivía yo entonces en el fondo del Asia, cerca de un bosque tan antiguo como colosal. Los poderosos troncos se erguían en el aire con aspecto sacerdotal, extendían hacia lo alto sus copas magestuosas y hundían en las entrañas de la tierra sus profundas, sus oscuras raíces. Bajo el bosque todo era sombra. Y los hijos de los grandes árboles ya no podían crecer: sin luz y sin aire se hallaban sus cabezas; sus raíces encontraban otras raíces debajo, en la noche de las entrañas de la tierra. Todo estaba invadido por las raíces de los viejos árboles que se negaban á morir y devoraban los jugos de la tierra como